

Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

GRAN GOLPE EN EL BANCO DE PARÍS

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera



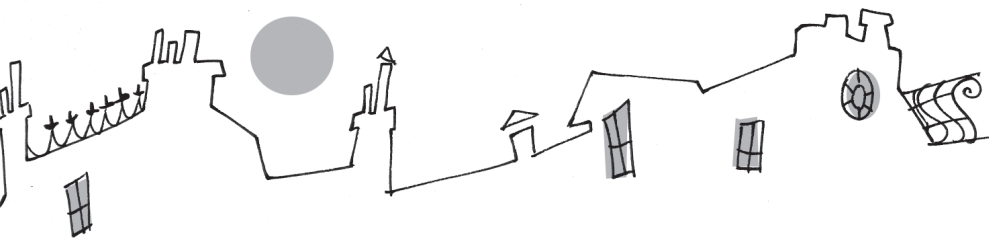
Capítulo 1

Un gato muy chic

¿Qué criatura existe en el mundo más elegante, refinada y agraciada naturalmente que el gato? Es obvio que ninguna. Los gatos se mueven con el paso ligero de los bailarines, tienen un pelaje suave y reluciente y un hocico pequeño y respingón que los dota de ese aire indiferente y sofisticado de los grandes señores.

Pero a veces un gato también tiene que cuidarse para lucir su mejor imagen.

Y justamente por ese motivo, en una calurosa tarde de primavera, Mister Moonlight



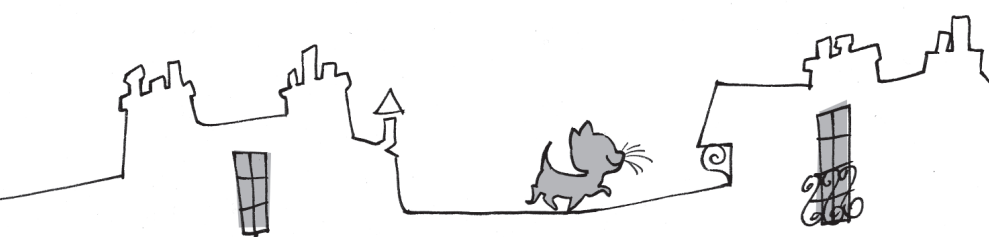
dejó el alféizar de la ventana de su casa, en el número 12 de la calle Victor Massé, y en dos saltos desapareció por los tejados de París.

—¿Adónde vas? —preguntó el pintor Bonnet, que compartía la casa con él y que era su «amoalimentador». ¡Espera, que te he comprado algo especial para la celebración!

—¡Marramiau! —respondió Moonlight, que en la lengua felina quería decir más o menos: «No te preocupes, amigo mío, tengo que hacer algo importante pero volveré pronto».

Lástima que el pobre Bonnet no entendía palabra de la lengua felina. Como todos los humanos, por otro lado, tan engreídos que creen que son los únicos capaces de hablar en este mundo.

Mister Moonlight era un gato estadounidense ágil pero fuerte, con el pelaje muy negro excepto tres manchas blancas: en el ojo



izquierdo, en una pata y en la cola, respectivamente.

El minino trepó a una chimenea y se deslizó por un canalón hasta llegar a una pequeña buhardilla oculta entre los tejados. Allí, tumbada sobre un viejo cojín, estaba una espléndida gata siamesa que se limpiaba el pelaje con aire de aburrimento.

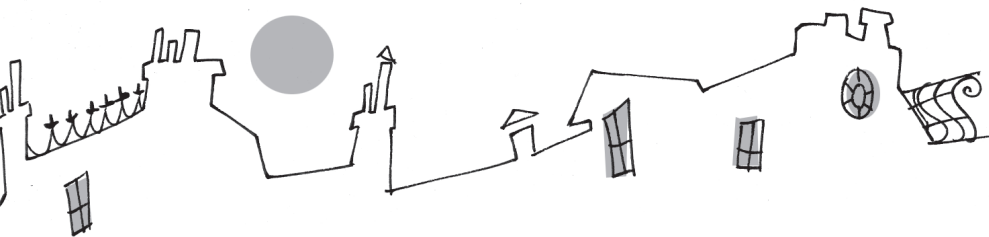
—¡Josephine! —maulló Moonlight cuando la vio.

—¡Mira quién está aquí! —respondió la minina—. ¡Gatámpanos! Me pides que venga antes que los demás... ¡Y después llegas tarde!

—He salido tan pronto como he podido —se justificó Moonlight—. Pero Bonnet no dejaba que me marchara...

El minino se tumbó sobre una vieja manta y bostezó.

—Mi amoalimentador está tan contento que

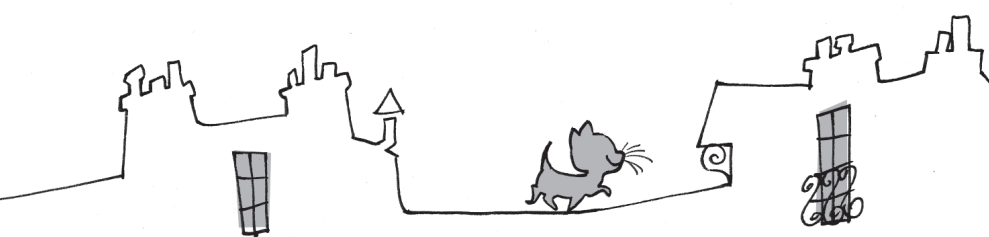


se pasa los días dando saltitos por casa y preparando comidas deliciosas. Tengo la sensación de que se ha engordado unos cuantos kilos...

—Como si le hiciese falta... —rio Josephine, socarrona. ¡El bueno de Bonnet estaba bastante gordito y parecía un globo aerostático con bigote!

—Pero ¿cómo le digo, justo en estos momentos, que se ponga a dieta? —replicó Moonlight—. ¡Es tan feliz! Por primera vez sus cuadros se expondrán en la famosa galería de arte Marivaux, ¡la más importante de Montmartre! ¡Es una gran oportunidad para él y, además, el galerista quiere inaugurarla cuanto antes sin escatimar gastos! Por esa razón te pedí que vinieses un poco antes que los demás...

Mister Moonlight miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía escucharlo y, entonces, maulló flojito:



—Una vez me dijiste que conocías a alguien del famoso salón Chantal...

El salón Chantal era el salón de belleza más célebre de todo París.

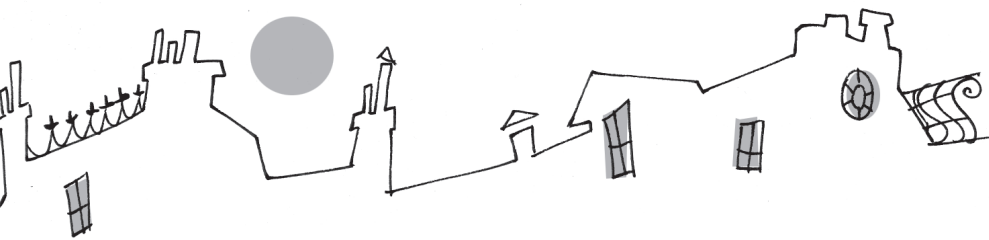
—Sí —confirmó Josephine—. Cocó, la gata de la señorita Chantal, es una de mis mejores amigas.

—Precisamente —murmuró Moonlight—. Quería pedirte... si no podrías acompañarme a casa de esta Cocó...

—¿Tú quieres ir a ponerte guapo?! —preguntó Josephine, incrédula.

—¡No grites! —exclamó él, mirando inquieto a su alrededor—. En fin, ya me entiendes, en la inauguración estará presente la flor y nata de París... No puedo presentarme con esta pinta... Solo necesitaré una gota de perfume, dos cepillados y...

Una ruidosa e impetuosa carcajada, proce-



dente de algún lugar de los tejados, interrumpió a Mister Moonlight.

—¡JU, JU, JU, JU, JU!

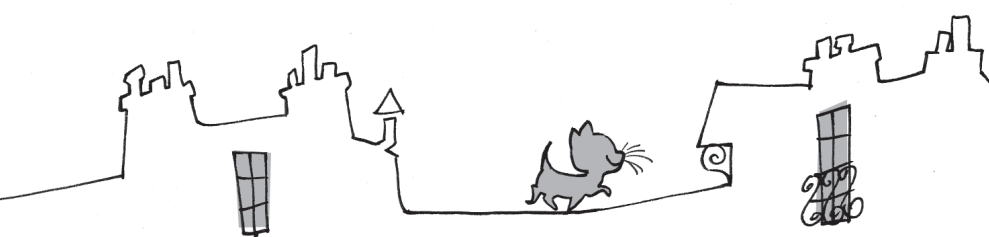
—¿Qué ha sido eso? —maulló el gato estadounidense, saltando de inmediato sobre sus patas.

—¡JU, JU, JU, JU, JU, JU, JU!

Desde detrás de una chimenea torcida aparecieron un hocico, un par de bigotes contrahechos y una pata medio pelada. Pertenecían a Dodó el Marsellés, un gatote vagabundo, delgado como un fideo, con una oreja completamente roída y una cicatriz en el ojo.

—¡Dodó! —silbó Moonlight—. ¿Qué estabas haciendo ahí escondido? No estarías espiándonos, ¿verdad?

—¡Has dado en el clavo! ¡Ju, ju, ju! —exclamó el Marsellés, sin poder parar de reír—. Pasaba por aquí cuando..., ji, ji, ji..., me ha parecido



oír una conversación interesante y por eso...
¡Je, je, je!

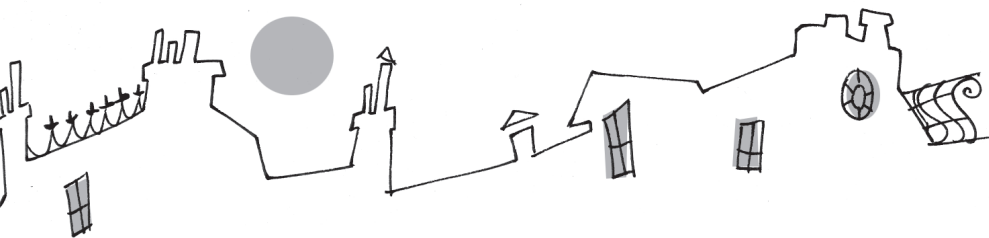
No había forma de que aquellas carcajadas cesaran.

—¡Jajajaja! ¡Gatáspita, esta sí que es buena!
¡A Moonlight le empolvorarán el hocico!
¡Vaya dandi más soso!

—¿Qué es un dandi? —preguntó Ponpon, sacando la cabeza de detrás del gato vago-bundo.

Ponpon era un cachorro atigrado de aspecto espabilado. Desde hacía cierto tiempo, Dodó lo había puesto bajo su protección y se había propuesto enseñarle el difícil arte de la vida callejera.

—«Dandi» es una palabra que Dodó hará bien en no volver a repetir, si no quiere recibir —maulló Moonlight amenazador, enseñando las zarpas.



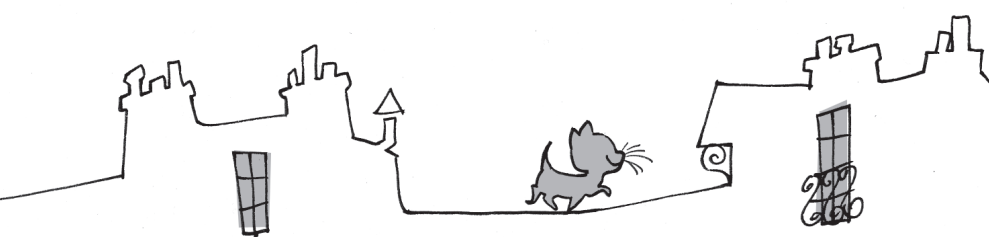
—¡Dandi, dandi, dandi! —repitió Dodó, erizando el pelo con aire de desafío.

Moonlight se dobló sobre sus patas traseras, preparado para saltar sobre el gato vagabundo y morderle una oreja, pero Josephine pudo frenarle agarrándole de la cola.

—¡Hay que ver lo pesados que sois vosotros dos! ¡Todo el día peleando! —dijo la gatita siamesa—. No pasa nada por arreglarse un poco cuando la ocasión lo merece. Te diré aún más, Dodó: tú también tendrías que pasar por el barbero. Hueles un poco raro...

—¡Tienes toda la razón, apesto a cabezas de sardina! —contestó el Marsellés, muy orgulloso—. ¿Soy o no soy el terror de las pescaderías de Montmartre?

—De Montmartre no lo sé, pero de mi nariz seguro que sí. Así que... ¡de una buena rociada de agua de colonia no te libras! —exclamó



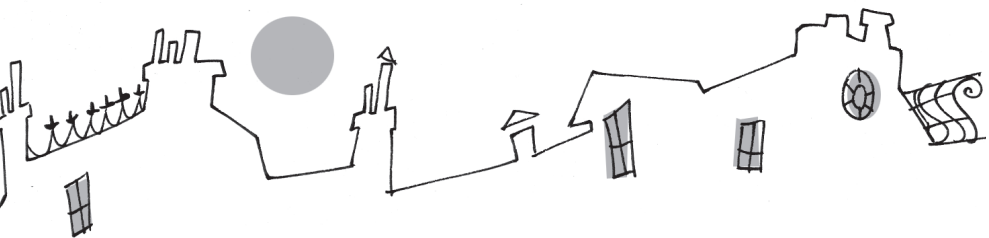
Josephine, con un tono que no admitía réplicas—. ¡Venga, vamos!

La gata se dirigió hacia los tejados, pero cuando un momento después se dio cuenta de que nadie más había movido una pata se dio la vuelta:

—¿Qué, chicos?

—¿Yo también tengo que ir? —protestó el pequeño Ponpon—. ¡¿A un salón de belleza?!





Había pronunciado aquellas últimas palabras como si supiesen a limón agrio.

—Si lo haces, podrás jugar con todos los abrigo y sombreros de las clientas de la señorita Chantal —contestó la siamesa con una sonrisa alentadora.

—¡Vivaaa! —se espabiló de golpe el minino, corriendo a toda velocidad hacia ella.

Dodó y Mister Moonlight se miraron de través por última vez.

Después suspiraron y se pusieron a trotar detrás de la cola de Josephine.